

Enrique Elgueta Guerín:

Un enamorado de la ingeniería

Este fundador de la CChC, hace seis años se retiró definitivamente de la empresa que creó para dejar paso a sus hijos. Hoy constituye un verdadero ejemplo de vida como trabajador inagotable y también por su gran cariño por la profesión.

Por Carola Gómez Muñoz
Fotos: Carolina Rosas

n

adie puede dudarlo. Tan cierto como que Enrique Elgueta (91), ingeniero civil, es un apasionado por su profesión, así también ocurre con su esposa, a quien ha amado desde que la conoció. Eso se nota al conocer el quehacer de este empresario, para quien su familia y su carrera han sido los pilares de su vida.

Es el menor de cinco hermanos -todos hombres- e hijo de profesores de matemáticas, por ello desde pequeño se interesó en los números. Aunque confiesa que no era muy estudioso, le resultaba

bastante fácil entenderse con la aritmética, la geometría y el cálculo.

Sin embargo y a pesar de que sus padres llegaron a ser directores de liceo, no había problemas ni exigencias más complejas entre los hermanos Elgueta Guerin. Mucho menos para él, quien era el más pequeño y el regalón de su madre, Sara. Incluso, para evitar toda intromisión del área académica escolar en el hogar, llegó a un acuerdo con su padre.

¿En qué consistió ese acuerdo académico?

Primero estudié en la Academia de Humanidades, luego en la enseñanza secundaria asistí al Instituto Nacional, pero faltando dos años para graduarme debí cambiarme al Liceo Amunátegui, porque tuve un accidente que me tuvo complicado con la rodilla como tres meses, y para no perder clases y como vivíamos en el sector, decidieron cambiarme a ese liceo. Pero, resultó que mi padre era el rector y, además, mi profesor de matemáticas. Acepté el cambio siempre y cuando quedara plenamente claro que una cosa era el colegio y otra muy distinta la casa. Mi padre aceptó y cumplió plenamente.

Con su madre también era muy buena la relación. Ella era muy pedagógica y más de una vez fue su profesora de matemáticas y física, pero el hijo alumno destacaba en esos ramos, por lo que no había conflictos. "Aunque reconozco que era muy flojo, no me gustaba estudiar mucho", señala con picardía.

Bicicleta, ingeniería y revolución

Fue por un accidente en bicicleta que pasó bastante tiempo afectado en una de sus rodillas. Sin embargo, ese pasatiempo era el que lo apasionaba junto a sus amigos de niñez. Por ello, apenas estuvo recuperado, no dudó en volver al pedaleo. No se trataba de competir en carreras contrarreloj u obstáculos, lo suyo era el paseo

al aire libre y a campo traviesa. "Recuerdo que con mis amigos nos íbamos a pedalear hacia el sector de Las Condes, que quedaba bastante lejos de nuestra casa y que por ese entonces era totalmente distinto a lo que es hoy, puro campo y despoblado".

La natación también formó parte de su vida, donde comenzó sólo practicando nado y terminó formando parte del club Green Cross, y compitiendo a nivel nacional en waterpolo, logrando junto a su equipo ser campeón nacional infantil alrededor del año 30.

Una vez terminada la educación secundaria, tenía claro su futuro. El reflejo del cariño por la ciencia exacta que tenían sus padres lo llevó desde siempre a querer estudiar ingeniería. Como era muy joven, la única opción se la entregaba la Universidad Católica, que lo admitía sin inconvenientes. A medida que fue avanzando en la carrera, cada vez disfrutó más del campo donde podría desenvolverse como profesional. "Soy un enamorado de la ingeniería civil, el ramo que más disfrutaba era cálculo", sentencia.

A pesar de que siempre fue un alumno ejemplar y de buen rendimiento -incluso fue ayudante del ramo de hidráulica- perdió un año de carrera. No por notas, sino por la política. "En esos años, se encontraba gobernando Carlos Ibáñez del Campo y yo comencé a participar de los movimientos universitarios para derrocar al gobierno. Me gustaba ese boche, me involucré mucho en los levantamientos universitarios para la caída de Ibáñez y por eso al final perdí el año. Luego de eso, volví a dedicarme totalmente a los estudios y nunca más tuve un problema hasta terminar la carrera", cuenta.

66 años de matrimonio

Sólo una mirada y dos años bastaron para que Enrique Elgueta y Ángela Gálmez decidieran unir sus vidas para siempre. Él cuenta que apenas la vio quedó totalmente prendado y siente que a ella le sucedió lo mismo. Hoy, la que conoció como la prima de un amigo, lleva a su lado 66 años de matrimonio. "Apenas terminé la carrera nos casamos, llevamos una vida entera juntos y mi mujer es estupenda", afirma sonriente.

Junto a todo esa admiración y enamoramiento total que declara frente a la imagen de su mujer, han construido una gran familia, compuesta por ocho hijos (cuatro mujeres y cuatro hombres), 28 nietos y diez bisnietos. "Mis nietos son muy cariñosos, siempre nos vienen a visitar, nos gusta mucho estar con ellos".

Una familia donde el cariño es muy importante, tanto como para cambiar totalmente de residencia. Pensando en lograr una mejor

calidad de vida, Enrique Elgueta compró en el sector de Malloco, a las afueras de Santiago, un terreno para vivir junto a su esposa. Un gran parque con árboles frutales como manzanas, peras, duraznos, damascos, membrillos y mucha tranquilidad. Sus hijos y nietos los visitaban casi todos los fines de semana, ya que para ellos siempre fue primordial mantener a la familia unida y, en ese sentido, fue su mujer la que jugó el rol más activo para que eso fuera posible. Durante la semana, ella se entretenía haciendo, entre otras cosas, mermeladas tanto para el consumo propio como para regalar a sus hijos. Luego de diez años decidieron que se sentían muy lejos de la familia y optaron por volver a la urbe. "Hoy sólo vamos a la chacra los fines de semana, además mis hijos tienen parte del terreno, pero seguimos disfrutando de ese parque muy lindo que hay al interior y de las mermeladas y dulces", señala.

De bañista a alcalde de Papudo

Otro de los lugares frecuentados por esta pareja es el balneario de Papudo. Para él es un sitio de siempre, sus padres vacacionaron toda su vida en el lugar y él junto a su señora hicieron lo mismo con sus hijos. Pero no sólo las vacaciones lo unen con este balneario. Después de pasar tantos veranos y otras vacaciones del año en Papudo, Enrique Elgueta conocía muy bien los anhelos y necesidades de los habitantes permanentes de este balneario nacional, que se ubica a 100 kms. de Valparaíso por la ruta costera.

Por ello y al ver que la gestión del alcalde de ese momento era deficiente, decidió presentarse como candidato para la elección edilicia. No fue apoyado por partido alguno y ganó, convirtiéndose en alcalde entre 1970 y 1973.

No fue nada de sencilla su tarea, dos fueron sus principales complicaciones. Primero, el gobierno de Salvador Allende, con el que este demócrata cristiano no comulgaba. "Me tocó el peor tiempo, el de la Unidad Popular", recuerda con algo de nostalgia. El segundo escollo fue el terremoto del 8 de julio de 1971, que conmocionó a todo el centro del país, llegando a una magnitud de 7,7 grados en la escala de Richter.

Papudo fue totalmente arrasado, las construcciones en su mayoría de adobe y poco preparadas para resistir un embate telúrico de esa magnitud, terminaron en el suelo. Esto unido al corte en el suministro eléctrico y de comunicaciones, provocaron un panorama poco alentador.

Por ello, la tarea de este alcalde fue muy compleja, debió abocarse a la reconstrucción de todo un pueblo. "Eran cerca de dos mil las personas que vivían en forma permanente en Papudo. Primero, se construyeron mediaguas, para resolver el problema básico de las familias que habían

perdido sus casas, para luego dedicarnos a la construcción de poblaciones completas. Fue en general un período muy complicado, pero bonito", recuerda.

Hoy no se encuentra muy contento con todo lo que se ha hecho en ese balneario. "Papudo no ha tenido mucha suerte con los alcaldes desde que el gobierno militar se hizo cargo después del '73 y hasta hoy", sentencia.

¿Cómo encuentra que está ahora Papudo?

Está más o menos, se están haciendo muchos edificios en el borde costero, muy feos y que le tapan la vista a todas las otras residencias del balneario. No se ha resguardado el patrimonio arquitectónico y aunque nosotros nos hemos manifestado en contra de esto, al parecer no sacamos nada.

Trabajo a mil por hora

Si hay algo que destacar en la vida de Enrique Elgueta es su enorme capacidad para el trabajo. No le bastaba ser el padre de ocho hijos, ser socio y trabajar con un ritmo muy acelerado en su empresa (BELFI), sino que además durante tres años ejerció como alcalde en una comuna con muchas necesidades.

"Yo me iba todos los viernes a primera hora a Papudo y volvía los domingos a última hora de noche. Así estuve durante tres años. El lunes estaba a primera hora en Santiago para ver el trabajo de la semana en la empresa", afirma.

Su historia laboral no sólo se remonta a esta época, desde antes de salir de la universidad realizaba trabajos en forma independiente, que le permitieran cierta independencia económica. Primero se dedicó a la tarea de partición de agua en los fundos. Luego de titularse entró a trabajar a Endesa, al área de hidráulica. En esa empresa permaneció durante nueve años hasta que, tal como señala, lo "picó el bichito" y quiso probar suerte en forma independiente y renunció. Después se dedicó a construir casas de amigos y familiares por todos lados, hasta que se asoció con dos amigos para formar en 1947 la empresa Benítez-Elgueta-Figueroa, BELFI, nombre que fue dado curiosamente por los mismos obreros, quienes con ingenio denominaban así a esta sociedad constructora, una de las más importantes sobre todo en el área de obras viales y puertos.

"Hemos trabajado en casi todos los puertos de Chile y en cada uno le pusimos mucho empeño. Me tocó recorrer mucho el país visitando las obras y sus avances, fueron varios viajes desde Arica hasta Punta Arenas", señala.





Durante muchos años permaneció en ese training de vida, acumulando viajes y kilómetros. Entre los años '80 y '90, se produjo un importante cambio en la empresa. Luego del fallecimiento de sus socios, él compró la totalidad de las acciones y quedó como único dueño. Sus cuatro hijos fueron quienes le secundaron en el trabajo y hoy son ellos los que manejan la empresa junto a uno de sus yernos, quien es constructor civil.

¿En qué momento se produjo el relevo generacional?

Como ellos empezaron a trabajar conmigo, poco a poco yo me fui retirando y dejándoles el paso, hasta que sólo hace seis años me retiré definitivamente.

Y aunque sabe que la empresa está en las mejores manos y que todo marcha sobre ruedas, no puede negar que el cambio le costó. "Todavía me intereso en las cosas que están sucediendo, pero tengo claro que mis hijos y yerno son hoy los socios, y sé que todo va bien. Hasta hace poco todavía iba a la empresa a mirar un poco, porque cuesta desconectarse, pero la pasada generacional es algo natural. Ahora que me cuesta más movilizarme no puedo ir, pero estoy muy tranquilo y contento porque todo quedó en muy buenas manos", afirma.

Fundador

Enrique Elgueta no fue instado por nadie a entrar a la CChC. Fue él junto a otros emprendedores y visionarios hombres relacionados con el mundo de la construcción, quienes creyeron en la idea de unirse y

formar un grupo que representara al área ante organismos tan importantes como el mismo Ministerio de Obras Públicas. "Era importante estar unidos y presentar una visión común de nuestros intereses frente a quien nos interpelara como gremio", destaca.

Entre reuniones -recuerda- se sentaron las primeras bases de lo que es hoy esta institución, "al principio éramos un grupito chico de gente, hoy ha tomado mucho vuelo". Pero, con el paso del tiempo comenzaron a surgir ciertas necesidades para fortalecer y mejorar el estándar de vida de los trabajadores de la construcción. Así participó también en la creación del Servicio Médico de la CChC, entidad que presta asistencia médica y dental a todos los trabajadores de las empresas asociadas a la CChC.

Y aunque nunca ocupó un cargo directivo, porque "prefería ayudar desde atrás con trabajo", tiene en su memoria a uno de sus compañeros de trabajo en los inicios de la creación de la Cámara. "Recuerdo con mucho cariño a Domingo Santamaría, con él teníamos una muy buena relación. Lamentablemente, hoy me veo muy poco con la gente de la Cámara, debido a que no me muevo mucho, así es que tengo que esperar que la gente venga a verme", afirma.

Sin embargo, el no poder movilizarse no le impide estar siempre informado de todo y seguir atendiendo algunos asuntos desde el escritorio de su departamento. En suma, un hombre de trabajo que se resiste a parar.